

# Amar y trabajar

## *Conversación con Dorothee Sölle*<sup>1</sup>

**Presentación:** Bienvenidos a esta reunión. Tenemos una discusión entre Dorothee Sölle y Franz Hinkelammert sobre la temática "Amar y trabajar". Es la temática de un libro de Dorothee, quien trabaja en la teología de la creación. Franz, autor del libro *Las armas ideológicas de la muerte*, conversará con ella sobre esta temática. Quizá algunos de ustedes se extrañen de que los organizadores de esta conversación, conocidos por su compromiso con el desarme, hayan escogido una temática tan pacífica como "Amar y trabajar". Eso significa que el "no", contra el armamentismo extremo y la preparación de guerras, no es lo único que tenemos que decir, ni es lo último. Es precisamente el "no" contra el armamentismo y la preparación de guerras, lo que debe abrir el paso para el "sí" a la vida.

**Dorothee Sölle:** Queridas hermanas, queridos hermanos, lamentablemente tengo una gripe que me perjudica un poco hoy en mi capacidad de amar y trabajar, espero que no por completo. Estoy muy ansiosa esta noche, por la felicidad que me produce el que dos amigos míos, Franz y Marie, estén presentes en este podio.

---

<sup>1</sup> Kirchentag, Francfort, Alemania, 18 de junio de 1987.

Agradecemos la traducción de esta conversación hecha por Anne Stickel, estudiante alemana de teología, participante del Seminario de Investigadores Invitados del DEI, año 1998.

Es una expresión del amor entre nosotras/os el hecho de que pensemos juntos aquí, aquello para lo cual luchamos juntos y aquello que es la felicidad que queremos para todas y todos.

Primero, quiero decir algo sobre la creación, pues creo que nuestra lucha tiene sus raíces más profundas en esta creencia en la buena creación. Porque dijo Dios que es bueno, muy bueno, lo que había hecho realidad con este mundo y con nosotras/-os, y con la historia de los seres humanos. Dios creó al ser humano como imagen de Dios, como dos seres iguales y al mismo tiempo diferentes, relacionados uno con el otro. Al decir que Dios creó al ser humano como imagen *de Dios* y no simplemente como imagen *de él*, quiero evitar un malentendido muy frecuente. Es el malentendido del patriarcado, la ilusión de que Dios fuera un hombre, la idea errada de que el ser humano como fiel retrato de Dios no fuera relacionado con dos seres humanos diferentes. Y se subraya esta idea errada si decimos imagen de "él", tan ciegamente como lo expresa el patriarcado. Tenemos que prestar más atención a nuestras propias tradiciones y manejarlas, también corregirlas si es necesario.

Dios creó al ser humano como imagen de Dios, como dos seres diferentes, pero en todo caso siempre dependientes uno del otro. La sexualidad y el trabajo, trabajar y amar, son elementos fundamentales de este *ser-imagen*. Al estar creados en la imagen de Dios, realizamos este hecho de ser-creados en buen trabajo, en buena sexualidad, en el cumplimiento de nuestra vida. Forma parte del ser-creado que, con estas capacidades, realicemos o traicionemos nuestra indicada participación en la creación.

Podemos denunciar, destruir, dejar corromper nuestra participación en la creación, lo que es nuestra capacidad de amar, nuestra alegría en construir y crear algo. Pero también hay la otra posibilidad, establecida en la creación, de que realicemos esta participación en la creación y volvamos libremente a ser realmente capaces de amar y trabajar. Para que luego podamos decir: "Todo estaba muy bien".

En este punto quiero estar de acuerdo con Dios y no con los administradores de la muerte, que piensan entender al ser humano solamente en una neurótica relación con la seguridad, y piensan que solamente así se puede conservar lo importante de la vida para los seres humanos. Quiero decir que estamos creados para la felicidad, para la realización de nuestra vida, en el trabajo y amor, del modo en que "todo estaba muy bien".

**FH.:** Me gustaría tratar esta pregunta de la participación en la creación y de la negación frente a los administradores de la muerte. Quiero hacerlo a partir de un cuento de la Biblia, que sigue poco después del cuento de la creación y que describe la relación entre la vida y la muerte, usando la imagen de Abraham y su hijo Isaac.

Creo que la reflexión sobre esto puede llevarnos mucho más adelante, para empezar a responder la pregunta acerca de la participación en la creación a partir de la solidaridad entre los seres humanos.

La situación de entonces: Abraham va con su hijo Isaac al monte para sacrificarlo. O sea, el padre va al monte para matar su hijo. Va a matar a su hijo para cumplir la ley. Está bajo una ley que manda matar al hijo primogénito. Abraham se sujeta a la ley; va al monte, pero en el momento en que tiene que matar a su hijo, se convierte. Y el Abraham fiel a la ley se vuelve un Abraham creyente. El Abraham creyente va a decir: Dios quiere a mi hijo, sin embargo no puede quererlo muerto, tiene que quererlo solamente vivo. Así, la creencia de Abraham llega a ser la relativización total de la ley; relativización total en relación a la posibilidad de vivir tanto de su hijo como de sí mismo. Abraham va al monte, fiel a la ley, y vuelve siendo creyente. La ley puede ser válida sólo en cuanto respete la vida; no es válida, no es legítima, si exige la muerte.

Dios es un Dios de los vivos, no de los muertos. Todo eso empieza a partir de la situación de la fe de Abraham en relación a la ilegitimidad de la ley —en cuanto la ley incluye una dimensión mortífera—, y en relación a la fe como confrontación con la ley —en cuanto la fe niega esta dimensión mortífera de la ley.

Es muy interesante y sorprendente contar de esta forma el cuento de Abraham e Isaac, ya que la interpretación conservadora y más generalizada es diferente, mejor, opuesta. Según ésta, Abraham va al monte porque tiene fe, y porque tiene fe está dispuesto a matar a su hijo. De ese modo, la creencia de Abraham está en cumplir la ley, inclusive si lleva a la muerte. Esta última es la interpretación más tradicional de la fe de Abraham. Se le imputa la buena voluntad de matar a su hijo, y por eso mismo se le exige de la obligación de matarlo.

Creo que la situación real de la fe de Abraham ha sido precisamente invertida. Tenemos que preguntarnos: ¿Por qué está tan establecida la fe de Abraham como su disposición a matar a su hijo? ¿Por qué esta interpretación es tan extensamente compartida?

Me gustaría extenderlo a otro caso, que es la interpretación de la crucifixión. Aquí tenemos lo mismo: tenemos un padre y tenemos un hijo. Y una interpretación conservadora que dice que el padre mata a su hijo para salvarnos. De nuevo tenemos un Abraham, que ahora es Dios, el Abraham mayor. No obstante él hace algo que Abraham no había hecho. De hecho mata a su hijo. De eso resulta la salvación. También aquí está planteado un problema de la fe. En la interpretación de los evangelios, es precisamente al revés. Cuando Jesús discute con los fariseos, ellos le dicen: Somos los hijos de Abraham. Y Jesús les responde: No sois los hijos de Abraham porque queréis matarme, y Abraham no mató. La fe, por tanto,

consiste en reconocer que la ley no es legítima si manda a la muerte. Pero tenemos asimismo la interpretación conservadora: la fe consiste en cumplir la ley, incluso si condena a la muerte.

Encontramos aquí una polaridad, que ahora podemos aplicar ampliamente a la situación de la sociedad actual. ¿Cuál es nuestra ley? ¿Qué ley manda la fe conservadora cumplir, aunque condene a la muerte? ¿Cuál es nuestra posición de fe frente a la ley? Siempre es una posición de fe aquella que en la oposición entre la vida y la ley, impone la vida, y no sólo la vida humana, sino también a Dios como Dios de seres vivientes y no como Dios de muertos, y que con este punto de vista trata de crear y desarrollar una vida.

**Marie:** Me gustaría preguntarte, Franz, cómo interpretas la crucifixión, después que has negado la interpretación tradicional.

**FH.:** La crucifixión resulta de la ley. Así está escrito en el evangelio de Juan: "Tenemos una ley, y según esta ley, tiene que morir". Es la ley, la aplicación de una ley lo que crucifica. Especialmente el evangelio de Juan trata este asunto, y subraya al legalismo como causa de la crucifixión. La causa de la crucifixión no es el crucificador, éste o aquel ser humano, sino la fe en la legalidad, el estar ciegos por la confianza en la ley hasta en el mismo camino hacia la muerte. Y no es Dios quien mata a su hijo, sino la propia legalidad ciega. Considero que es esto.

**Dorothee:** Lo veo igual. Quiero añadir una interpretación de la crucifixión que he escuchado de Miguel D'Escoto, el ministro del exterior de Nicaragua, quien ha dicho que si estamos de acuerdo con la voluntad del Padre y hacemos su voluntad, esto es: hartar a los hambrientos, construir escuelas para los que no están posibilitados de aprender, curar a los enfermos, etc., en cuanto hagamos todo eso, la repuesta del mundo es la cruz, y vamos a ser crucificados. Toma su propio país Nicaragua como realidad política. Es un pequeño país que intenta hacer la voluntad de Dios, por primera vez en su historia. O, como lo dice D'Escoto, intenta llegar a ser un país con la voluntad de Dios.

Ahora mi pregunta para ti, Franz, la que tiene que llevarnos aún más hacia el diálogo: ¿Cómo nos manejamos con estas preguntas en la llamada rica sociedad del bienestar? En realidad, el capitalismo también destruye a los que se aprovechan de él. También a quienes les va mejor que antes en asuntos de estándar de vida. Y mucha otra gente en este mundo será destruida por el capitalismo, lo cual, quizá, se puede considerar como la ley de nuestro tiempo en el sentido en que lo has dicho ahora.

FH.: Ése me parece ser el punto central. Miguel D'Escoto dice: si intentamos ayudar a los pobres, si creamos un nuevo orden de vivir y de trabajar, se nos va a denunciar por eso. ¿De qué se nos denuncia? Es siempre la legalidad; faltamos, si lo hacemos, contra la ley. Desde luego, la ley de nuestra sociedad no sigue siendo una ley casuista y escrita. La ley básica de nuestra sociedad en realidad no es la constitución política, tampoco el código civil, sino las leyes funcionales de esta sociedad. También la constitución está cuestionada en el horizonte de estas leyes funcionales, y por eso, desde su perspectiva, uno sólo está en conformidad con la constitución en el grado en que coincide con ellas. Y estas leyes funcionales, a final de cuentas, siempre son la ley del mercado. Si en Nicaragua se tiene que hacer algo por los desempleados, por el miserable, eso únicamente es posible en cuanto se relativiza esta ley del mercado.

Entonces, ¿cuál es el reproche? Que se ha actuado en contra de las leyes del mercado. Y quien se procede contra las leyes del mercado viola la ley, llega a ser irracional, y pone en peligro la libertad. La razón para los sandinistas, al intervenir, es justamente la convicción de que la ley del mercado también tiene una dimensión mortífera. En efecto, la ley del mercado posee una dimensión mortífera. No podemos matar a seres humanos para imponer ésta ni ninguna otra ley. Para los cristianos, esto es un problema de fe. No es simplemente un problema del pensar pragmático. ¿Impongo la ley, incluso si la ley mata? o ¿la relativizo si desarrolla una dimensión mortífera?

La ley del mercado vale para todas y todos; pero en nombre de sus vidas, de su poder vivir, tiene que ser relativizada. Ésa, no obstante, es una decisión de la fe contra la interpretación de las leyes del mercado como mercado total, tal como están marcando a nuestra sociedad. Lo podemos ampliar hacia todo aquello que se presenta como "fuerza compulsiva de los hechos". Ése es el tipo de legalidad que tenemos hoy. De hecho se trata de una *legalidad* funcional que, sin embargo, no es norma escrita. Estamos, por ejemplo, en las preguntas por la carrera armamentista y su justificación por medio del argumento de las fuerzas compulsivas de los hechos.

El hecho de que la ley incluye una dimensión por la cual lleva a la muerte, es justamente el problema del cual surge la fe. De ese modo, "fe" no es simplemente un "pensar-qué-es-la-verdad" sino una actitud frente al prójimo, y eso, por otra parte, es la condición para poder participar en la creación. Estimo que sólo se puede participar en la creación en cuanto, al mismo tiempo, se asume esta opción de la fe frente a la ley.

Estoy convencido que quien se refiere a la legalidad ciega, se socava a sí mismo también y, a largo plazo, se condena a la muerte, por medio de la carrera armamentista y de la destrucción de la

naturaleza. En el absolutismo de la ley está la muerte, y lo es tanto hacia adentro como hacia afuera, porque la absolutización de la ley nunca es la "seguridad de la vida".

**Marie:** Dorothee, ¿cómo definirías la "vida" o la "felicidad", frente a la opción por la vida frente a la ley, de la cual ha hablado Franz?

**Dorothee:** Primero quiero decir otra cosa. Tengo un poco de miedo, Franz, de que en la valoración de la palabra "ley" te acerques a una enfermedad que ha determinado fuertemente a la historia europea, y en especial a la historia alemana. Tengo miedo de que caigas en el antisemitismo bíblico, de lo cual vive también el evangelio de Juan. Tenemos que decir con claridad que la Torá en el Antiguo Testamento no es eso de lo que hablas tú. Quiero clarificar eso, de que la ley real de Dios, el camino, lo que conduce a la gente hacia la vida, no es idéntico con este uso del idioma de la ley que tenemos en el evangelio de Juan y en algunas otras partes.

Creo que cada persona que lee la Biblia hebraica con ojos abiertos, por el contenido va a estar completamente de acuerdo con Franz. Lo que Dios tiene como intención con el pueblo, no es una ley en el sentido de una ideología. En verdad, has hablado de una ideología, de una manera de idolatría que practicamos en efecto. El capitalismo es la adoración de ciertos ídolos. Lo practica, lo llama "fuerza compulsiva de los hechos", "ley" u "orden del mercado" y de otras maneras. Es la adoración de un algo determinado e incuestionable. Tenemos problemas infinitos para romper esta ley de la creciente puesta de capital y producción. Y con eso llego a la pregunta de Marie, que es ¿cómo podemos al interior de esto definir la vida? ¿Cómo podemos despedirnos de este ídolo de la muerte, deseoso de matar y permitir la muerte o fomentarla? ¿Podríamos llegar en medio de eso a ser capaces de amarnos a nosotras-os y a otras-os? Con eso, devuelvo la pregunta.

**FH.:** Quiero partir otra vez de este asunto. Quiero clarificar con un ejemplo lo que es la ley, lo que son la muerte y la fe.

Tenemos el problema del endeudamiento del "Tercer Mundo". Obligamos al "Tercer Mundo" a pagar una deuda que prácticamente es impagable, y que lo lleva al abismo de la ruina. Obligamos a los hambrientos a pagar una deuda que los arruina, y les decimos que si no respetamos las leyes del mercado, a todos nos irá mal, y a los del "Tercer Mundo" les irá peor. De ese modo, tenemos una pura ideología de la ley. Estoy convencido de que es una ideología. En el fondo se la usa para matar, como una legitimación del matar. Frente a tales concepciones de la ley nace la concepción de la fe.

**Dorothee:** Quiero entrar en eso y repetir hasta qué punto esta ideología nos impide trabajar y amar.

Primero lo quiero decir refiriéndome al "trabajo". Si usamos nuestro concepto de trabajo en el sentido de esta ideología que nos domina, este concepto de trabajo está delimitado a la producción. No incluye nada más fuera de ella. No importa *qué* produces, lo principal es que *produces*. No tiene importancia si son bombas o farmacias rodantes en el campo. Lo que importa es que se produzca y que con este producto se vaya a producir capital. Sobre *qué* se produce, la gran mayoría de los seres humanos no tiene nada que decir, no tiene influencia en eso.

Pienso que en nuestra resistencia tendríamos que integrar a los que no quieren trabajar más en la producción de la muerte. También tenemos que aprender que nuestro trabajo no está definido sólo por la producción, sino que incluye otra comprensión. Tenemos que aprender a entender un poco más claramente en qué caso el trabajo es algo creativo, y de eso forman parte la cogestión y la autodeterminación.

**FH.:** Ése es un punto muy importante. Tenemos un concepto de trabajo que se reduce a la producción de cantidades. Creo que realmente tenemos que llegar a ver el trabajo como el proceso que produce "víveres", digamos "medios del vivir" en el sentido más amplio. Un proceso de trabajo que no produce medios de vivir es un proceso perdido. Un trabajo que no produce medios de vivir es un trabajo inútil. Con eso tenemos un criterio de sentido para el trabajo. Porque únicamente puede ser trabajo humano lo que entra bajo este *criterio de sentido*: producir víveres significa producir "medios para la vida", y la vida es una vida en común y no es: mi vida contra tu vida. Si quiero asegurarme haciéndote inseguro, he transformado el medio de la vida en un medio de la muerte. El concepto de trabajo, el sentido del trabajo está en que, como producto, produce los víveres. Y eso lo puedo garantizar sólo bajo el criterio de la justicia. Y no puedo separar más el sentido del trabajo y de la justicia. Y aquí estoy de nuevo en la crítica de la ley. Pues toda legalidad, en especial las leyes del mercado, son reglas del trabajo que roban el criterio de sentido al trabajo. El producto interesa como condición de ganancia y no como producto racional de víveres.

**Dorothee:** A veces una tiene la impresión de que el evangelio vigente entre nosotros, dice: Dios creó al ser humano a imagen de la máquina —para que produzca.

**Veit:** Hemos hablado ahora sobre el aspecto del trabajo, en cuanto se relaciona con la felicidad y la vida: quizás podemos

añadir algo acerca de la comprensión adecuada del amor en esta sociedad. Eso seguramente también está algo enfermo por la legalidad, de la cual se ha hablado aquí.

**Dorothee:** Creo que esta enfermedad de la cual habla Marie, está en que separamos el amor de la justicia. Nos comportamos como si se pudiera vivir una felicidad sexual separada del mundo en el que estamos: vivirla en un reino de los sueños, en una isla en la cual tú y yo nos paseamos sobre playas intocadas, donde brilla todo el tiempo el sol, donde estamos todo el tiempo jóvenes y bellos, donde no tenemos otras responsabilidades... todos ustedes conocen eso. Esa mentira fundamental nos lava nuestras cabezas. Desde chicos aprendemos que la sexualidad se trata de una relación entre dos, que significa el goce mutuo, que no tiene nada que ver con el Reino de Dios, con la justicia, con todas estas cosas de las cuales estamos hablando aquí, sino que se la concibe como la restauración del individuo que ya sufre suficientemente en esta vida tan dura.

En este enfoque la mujer es un artículo de consumo. Tampoco en las nuevas versiones de este modelo, en las cuales el hombre y la mujer se usan mutuamente en consenso mutuo, se supera este reino de la trivialidad. No hemos comprendido todavía lo que significa una sexualidad realmente vivida y plena, si no la relacionamos con el gran horizonte de nuestra vida y la justicia, y con aquello que se llama el Reino de Dios.

**FH.:** La fe no es posible sin la afirmación del ser humano vivo. Por lo tanto, se pueden derivar de la fe las conceptualizaciones que hacemos sobre la vida del ser humano. La fe siempre está confrontándose con las razones que se aducen en favor de la inhumanidad, en favor de aquellas legalidades que nos obligan a despedir a un ser humano hacia el desempleo, a tratarlo en términos racistas y sexistas. Siempre tenemos que ver con ideologías de legalidades conectadas con el análisis de ellas, para justificar esas inhumanidades con las cuales se confronta la fe.

No es la *aplicación* de la fe lo que se opone a todo eso, como si la fe existiera sin esta relación. La fe tiene en esta oposición su punto de partida. Esto conecta con la situación de la crucifixión: Cristo fue crucificado en nombre de la ley y eso nos permite ver, en aquellos cuya humanidad hoy se destruye, al Cristo crucificado. Eso nos hace posible ver que, en la fe, la relación con Cristo es siempre una relación con los otros seres humanos, que sólo se puede ser cristiano en la relación con los otros seres humanos, y que Cristo viene al interior del ser humano a partir de la relación con otros seres humanos y no al revés, como si tuviéramos primero a un Cristo en nosotros, a quien lo llevamos posteriormente a los

otros. Esto nos enseña a entender que, en suma, el prójimo es Cristo. Justamente el Cristo crucificado es el ser humano, cuyo ser "ser humano" llega a ser destruido. El "mirad, qué hombre" ("Ecce homo" —dice el "soldado de alta jerarquía" frente a la cruz), siempre, en toda relación, tiene una sola respuesta: es Cristo. Toda vida de fe tiene que subrayar eso. La respuesta que resulta del "mirad, qué hombre" es la fe.

El ser humano es Cristo, y entonces la respuesta es que la fe significa: tengo que estar a su lado, tengo que dudar de los motivos que le crucifican a él; tengo que proceder contra ellos, siendo la legalidad de un comportamiento lo que lleva a esta opresión; tengo que comportarme en la vida como creyente. Y en eso está tratado el "problema de la libertad". El ser humano es libre al ponerse sobre las legalidades, en cuanto deshumanizan al ser humano. No es libre sujetándose a la ley. No es la ley la que nos hace libres, sino su relativización en dirección al prójimo y sus problemas, una relativización continua, una reorientación continua en dirección a este prójimo. Esto es la libertad del cristiano.

**Dorothee:** Quiero intentar definir que la felicidad es la certeza de estar necesitado y de ser una necesidad para otros. Por el contrario, la ley bajo la cual vivimos nos hace creer que tenemos necesidades. Necesidades-de-tener es lo que "se pone en nuestras cabezas". Toda necesidad real, de ser diferentes, de llegar a ser otro ser humano, lo que la Biblia expresa así: "Crea en mí, Dios, un corazón nuevo, dame un espíritu nuevo", todo eso se deja de lado. El deseo de ser diferentes, de amar de modo diferente, de trabajar de otro modo, de tratar a mis prójimos de modo diferente, todos estos deseos fundamentales llegan a ser manipulados por el mundo en el cual vivimos, y llegan a ser transformados en tenencia de necesidades y deseos de tener, de manera que, comprando esas y aquellas cosas o procurando esa o aquella figura, por comprar o por entrenar, puedo llegar a ser amado-o y bonito-o y feliz, etc.

Quiero decir que esta destrucción de nuestras necesidades originales, que tienen que ver con nuestro ser y no con nuestro tener, es una forma por la cual entra la ley a reinar en nuestra íntima conciencia, en nuestra capacidad de amar, y así las va destruyendo. Porque no es por azar que lo que llamamos la miseria psíquica y el fracaso en las relaciones entre seres humanos, que siempre se repite de nuevo, acontezca en el mundo en una escala espantosa. Esto está relacionado con que todas-os estamos entrenadas-os para entender nuestras relaciones como relaciones determinadas por el tener, como si nos cambiáramos nosotras-os mismas-os por tener más cosas —más cosas en venta, más éxitos—. Mientras en realidad la felicidad es algo completamente diferente —por lo menos según la interpretación de la Biblia.

Felicidad es la experiencia de ser necesitado. La experiencia más profunda, la que conocemos, es ésta de que Dios nos necesita a nosotras-os para su Reino. Considero que tenemos que subrayar eso aquí, y es lo que quería decir hace un momento. La experiencia de que Dios nos necesita a nosotras-os para el Reino de Dios, se impide por la destrucción de nuestra sexualidad, en cuanto aislada, así como los científicos de la sexualidad empiezan a contar los orgasmos, porque no tienen otra cosa en su cabeza y porque no saben de lo que se trata en realidad. Por eso lo cuantifican todo, hasta dentro del amor físico, de manera tal que produce náuseas y tendría que repugnar y desesperar a cada ser humano que todavía está pensando y sintiendo.

**Marie:** En cuanto hablaste de la destrucción de la sexualidad y de la capacidad de amar, recordé que, con unos estudiantes, investigué en periódicos las cualidades que especialmente en anuncios de matrimonio se ofrecen o solicitan. Desde hace un tiempo aparece cada vez más que él o ella es o tiene que ser *presentable*; o sea, es un símbolo de alta calidad con el cual se puede ganar. El hecho de que a los dos —en realidad se trata de seres humanos— les gustaría vivir con y por el otro, pierde importancia frente a saber, por lo menos, que el otro quiere lo mejor.

Pero quiero hacer otra pregunta a Franz. Dices que la relación con el otro exige rescatar su humanidad que está en peligro, y superar lo que le impide vivir. Es decir, que, eventualmente, se llega a estar confrontado con gran escándalo y problemas —y supuestamente, lo sabes mejor desde la realidad en América Central—. Me parece como si precisamente el miedo al escándalo y los problemas, en nuestra sociedad, impidiera relaciones de proximidad. ¿Cómo lo ves tú? Vemos con claridad que uno no puede evitar los sacrificios y sufrimientos, en cuanto quiere interceder en favor de la justicia y el amor.

**FH.:** Felicidad es vivir la vida en común. Vivir la vida de tal manera que no haya excluidos y que uno mismo no esté excluido, lo que forma parte de eso otro. La comunidad de la vida es lo que marca a la vida. Si intercedo hoy en favor de la felicidad de la vida en común, entro en contraposición enorme con la sociedad, entro rápidamente en una situación en la cual se me persigue, en la cual tengo que hacer sacrificios, en la cual será difícil hacer eso, practicarlo. Pero el hecho de que la felicidad está precisamente en la vida en común, tiene que dar lugar para hablar sobre algo que llamé, mencionando a Nietzsche, la "filosofía de la vida". Creo que en este autor es lo contrario de lo que estamos hablando ahora. Creo que la suya era una "filosofía de la muerte" cuando se referió a que vida significa "vivir peligrosamente". Esto significa que la

distensión es la muerte, la guerra es la vida, como también está escrito en la declaración de Santa Fe.

Así, vivir peligrosamente significa: vivo todo mi vida con toda su fuerza explosiva en el grado en el cual excluyo al otro, en cuanto experimento como vida la exclusión o la destrucción del otro. Estimo que esto es una perversión, una inversión de la vida. Hemos de tener siempre presente que nuestro lenguaje sobre la vida sólo puede ser comprensible si nos enfrentamos con este concepto invertido de la vida, con este concepto de la "vitalidad". Y sabemos que nuestro concepto de la vida es precisamente lo contrario de lo que se experimenta como vida, por ejemplo en la tradición fascista. Aquí tenemos que empezar de nuevo, y hablar de dos formas de interpretar la vida, de interpretar la fe.

**Dorothee:** Quiero evocar una imagen que todas-os conocéis: la propaganda para armas de combate, para aviones de combate, es cada vez más erótica. Realmente es irresistible la belleza de estas cosas y su brío. Cada ser humano que puede sentir, lo ve y lo siente; es una manifestación de ese "vivir en peligro". Lo veo de forma paralelo a un bonito ángel de la muerte nazi, Reinhard Heydrich, que era también un oficial de gran belleza masculina. De este modo, nuestras imágenes llegan a ser ocupadas y destruidas. ¿Para qué sirven estas cosas, qué se hace con ellas? ¿Quién necesita aviones de combate? El eros de la tecnología, que se nos vende, destruye nuestra capacidad de percibir y a nosotras-os mismas-os.

**Marie:** Franz, hace un momento dijiste que si intercedo a favor de la justicia, no va a pasar mucho tiempo para estar perseguida. Eso es lógico en el contexto de América Central, sin embargo aquí, pienso, en lo pequeño lo tenemos también. Me gustaría saber si no diría algún alumno de escuela que comprende que el profesor le abandonó porque no quería crearse problemas, pero que habría sido justo que le hubiera ayudado. Así, tenemos dos maneras de vivir peligrosamente, ¿podemos diferenciarlas con más detalle? Puesto que, por lo visto, arriesgarse a la persecución hace parte del amor y de la lucha por la justicia. Tenemos un mandamiento cero de los diez mandamientos, que dice: No te produzcas problemas. No está escrito en la Biblia. ¿Cómo podemos entender más exactamente qué tipo y en qué momento el vivir en peligro está mandado por la creencia?

**FH.:** Quiero señalar otra vez los significados opuestos que hoy tiene la vida. Uno es vivir peligrosamente, como el placer de la destrucción del otro. Porque es muy curioso, hasta qué punto en muchos filmes se vincula la sexualidad y la muerte y hasta qué punto se vincula la sexualidad y la violación. Asimismo, en muchos

periódicos se encuentra una imagen como si el acto sexual fuera un acto de combate. La vida por lo tanto también puede ser el placer de la destrucción del otro, o el placer de la destrucción de la naturaleza, de la destrucción de bellezas. Pues se puede disfrutar una belleza de dos maneras: se la puede disfrutar viviendo con ella, y se la puede disfrutar igualmente destruyéndola. Es evidente que existe un placer en la destrucción de las bellezas. Cuanto más es la belleza de algo, tanto mayor es el placer de su destrucción.

Muchas veces hemos discutido sobre la tortura, la frecuencia enorme de la tortura en América Latina. En lo que tratamos ahora, es evidente que se trata de algo más que de una tortura pragmática para obtener información. Aparentemente, es el placer de la destrucción del ser humano. Cuanto más bello es el ser humano, tanto más bello es torturarlo. Si hablamos del placer tenemos que pensar también en esta dimensión de lo humano, pues el placer absoluto para algunos puede consistir en la destrucción del otro. La vida orientada a la destrucción del otro está relacionada con la categoría del "tener". En realidad, en muchos sentidos es lo mismo que la categoría del "tener". Si queremos la vida como la vida en común, tenemos que enfrentarnos con esta categoría. No solamente en teoría, sino en la práctica, y eso conlleva conflictos, eso conlleva peligros.

Dorothee: Quiero aprovechar otra vez lo que ha dicho Franz: por un lado, nuestra capacidad de destruir con placer, y por otro lado, la capacidad que tenemos para experimentar de otra manera la felicidad. Esta capacidad para experimentar de otra manera la felicidad, incluye que hacemos algo que nos vuelve vulnerables —lo que siempre el amor hace con nosotras-os—. No hay amor que esté comprometido con el ideal de la invulnerabilidad. Este ideal de la invulnerabilidad, o sea del pasar-sin-problemas, del no-hacer-se-dificultades-a-sí-mismo, es uno de los ideales falsos que siempre nos acompañan.

Hace unos años estaba muy asustada cuando por primera vez escuché esta expresión militar: "Es necesario cerrar la ventana a la vulnerabilidad". Se trata de una expresión estratégica de los militares, con la cual el militar occidental afirma que se podría tapiar la ventana para que nadie más esté vulnerable. Eso es precisamente lo contrario de lo que podemos aprender del cristianismo. Cristo no es un Sigfrido que se haya bañado con la sangre de algún dragón matado, por la cual ganó una callosidad que no permite el paso de ninguna flecha y por eso se ha vuelto invulnerable para siempre. Éste es un ideal de hombres, un ideal de un cierto tipo de héroe, de un combatiente del "vivir peligrosamente", es filosofía idealizada, es el Nietzsche de "la voluntad de poder"; todo eso se junta en el bello Sigfrido con su invulnerabilidad. Si nosotras-os nos hemos

reunido en este *Kirchentag*, lo hicimos en nombre de otro, de alguien quien era vulnerable. Hay que tener muy claro que él en la cruz no tiene nada en común con este Sigfrido y que siempre, cuando concedemos a este Sigfrido —o a Rambo o no importa como lo llamemos hoy— una parte en nuestro corazón, nos apartamos de quien fue crucificado porque vivió el amor.

Cuanto más intercedes a favor de algo o dices la verdad en ciertas ocasiones, tanto mayores son tus dificultades. Te haces vulnerable, te marcas reconocible, de repente surges de este anonimato de la masa sincronizada. De repente eres la que habla una y otra vez, la que tiene algo por qué quejarse, eres alguien que no acepta todo sin pensar y que también preguntas en el círculo de las- os colegas. Hablo de experiencias muy simples en lo cotidiano con las cuales te congratias menos con las- os demás. Tenemos que prepararnos para este riesgo. Creo que hoy es una tarea para nuestra iglesia el ayudarnos a ser capaces de resistir; y eso empieza con cosas muy pequeñas.